

Don Quijote, por Unamuno

Y ésta es, sin duda, una de las grandes aventuras de nuestro Caballero: la de haber echado cebada y limpiado el pesebre, no más, al parecer, que por oír pronto un relato deleitoso, el relato de los regidores rebuznantes.

Y como no está bien el creer que sólo por oír tal cosa se redujera Don Quijote a ejercer menesteres tan impropios de su oficio de caballero andante, hemos, por fuerza, de suponer lo hizo para ejercitar su humildad y ejercitarla sencillamente buscando un pretexto, con lo que evitó la soberbia del humilde. No se las echó de tal, ni hizo ostentación de humildad, sino que pura y sencillamente, como quien hace la cosa más natural y corriente del mundo, y sin concederle importancia al acto, con aquellas manos que alancearon molinos, libertaron galeotes, vencieron al vizcaíno y al Caballero de los Espejos y esperaron, sin temblar, al leoncito; con aquellas mismas manos echó cebada y limpió el pesebre, dando por razón aquellas sencillísimas palabras de: «no quede por eso, que yo os ayudaré a todo».

Lo hizo más sencillamente aún que Íñigo de Loyola después de haber recibido el cargo de Prepósito general de la Compañía que formó cuando «se entró en la cocina y en ella por muchos días sirvió de cocinero e hizo otros oficios bajos de casa», porque Íñigo lo hacía con intención de enseñar [...] y en Don Quijote no hubo ni esa segunda intención de aleccionar a otros, sino pura y simplemente echó la cebada y limpió el pesebre como si fuera cosa suya, como la violeta perfuma y el ruiseñor canta. «No quede por eso, que yo os ayudaré a todo».

«Yo os ayudaré a todo», es lo que dice Don Quijote a todo hombre sencillo y limpio de segundas intenciones.

Miguel de Unamuno:
Vida de Don Quijote y Sancho; Capítulo XXV; 1905.